

Breve fiesta de comentarios

Por Begoña Huertas Uhagón*

Inventar palabras “como se inventan juegos solitarios y laberintos de fiesta”, se declara en el breve fragmento que abre el volumen *Fiesta de solitarios* de Raúl Vallejo. En efecto, el dominio en las técnicas del cuento y la diversión que se intuye en su escritura es la impresión que emana de todo el libro. Es esa propuesta de juego, de laberinto a través de conflictos humanos lo que envuelve al lector y le engancha a la lectura desde el principio. Se trata, en todo caso, de relatos que nos conducen sin rodeos hacia una resolución que no defrauda. El lector obtiene lo que busca: o sorpresa o comprensión final del “gancho” que suponen las primeras líneas. Incluso en aquellos en que el final es previsible y no tiene por que sorprender ni explicar nada, el relato se cierra técnicamente de una manera limpia.

No hay largas descripciones en estos cuentos, ni aparatosas puestas en escena. Tampoco en ningún momento la narración se desvía hacia asuntos secundarios. Se trata de un lenguaje sencillo, coloquial, un lenguaje que fluye entre lo cómplice y lo poético. Ese cuidado en dosificar imágenes no hace sino resaltarlas aumentando su impacto y su capacidad expresiva.

Fiesta de solitarios es un libro que indaga en la psicología del individuo (y poco importa que se desarrolle la narración en Quito, en Madrid o en La Habana). Resalta la ironía de la que es capaz el autor para distanciarse de las pequeñas miserias, de las actitudes convencionales. Los sentimientos de los personajes, sus encuentros y desencuentros, sus silencios, sus miedos y desafíos se presentan con un tono creíble, humano, que no pretende en ningún momento establecer juicios de valor ni categorías morales. “Leña de soledad(es)” es, por ejemplo, una estampa en la que no pasa nada y en la que sin embargo podría pasar cualquier cosa. Es un relato de sentimientos, a veces enfrentados, a veces coincidentes, siempre ambiguos y ricos en matices. Los guiños al lector que el personaje hace entre paréntesis dan un toque de distanciamiento irónico que, quizás, hubiera sido más efectivo mantener hasta el final del cuento.

En este sentido, ese distanciamiento también es crucial en “Dialogo breve del amor menor”, donde produce un tono de burla amarga. Aquí la narración se adentra en las cotidianidades conyugales con un estupendo primer párrafo en el que se impone sobre todo —a través del juego de discurso directo/indirecto— la espontaneidad. Lo familiar de esa situación cotidiana, lo absurdo de sus pequeñas reglas, el paso a la discusión por una nimiedad, todo es tan común y, sin embargo, las dos figuras resultan a la postre enternecedoras, y terminan contrastando con los clichés en los que están encerrados.

En “Reestreno de Magdalena” se explora, de nuevo, la monotonía de la pareja, los convencionalismos. Una vez más Raúl Vallejo sabe enganchar al lector desde el primer momento, Tener un amante en la cama en el que la protagonista descubre gestos exactos a los de su marido es un comienzo fuerte. Pero la apatía de los dos hombres tiene su réplica en la apatía de la propia mujer. “Se casó un día en que no había nada más interesante que hacer”, se nos dice, perfilando en una línea el carácter protagonista. La psicología de esta mujer que siente, por una parte, el horror de saberse trozo de algo

y, por otra, el espanto de no saber estar sola, proporciona un asunto muy rico en resoluciones y matices que Vallejo sabe explotar a conciencia.

El humor no queda fuera de este volumen y a menudo —en sus mejores momentos— contribuye a despojar la posible carga de solemnidad en los temas amorosos. En el caso de “Destellos en el mar” se explora el humor infantil. El tono burlón que domina el cuento se consigue gracias a una voz narradora que asume la ingenuidad de un niño y al mismo tiempo es capaz de distanciarse: “pregunté con la voz que utilizo en el colegio...”/ “A los nueve años uno se desespera por todo”. La mentalidad infantil esta perfectamente lograda como lo estaba la de los amantes, la de los esposos o la de la mujer insatisfecha.

En los cuentos mencionados hasta ahora, el lector se adentra —impulsado por una curiosidad que el autor sabe manejar muy bien— en temas que le son familiares, cotidianos. Pero *Fiesta de solitario* presenta también la otra cara, lo otro, lo marginal. Se trata en estos casos de narraciones que problematizan algo que normalmente esta mal visto o, en todo caso, que es cautelosamente ignorado: El mundo de las prostitutas, la problemática de los homosexuales, el conflicto de los travestidos... En realidad, Raúl Vallejo no deja de hablar de sentimientos, de individuos. En este sentido, ese mundo marginal remite a su aspecto más humano. Las expectativas, los miedos del travestido en “Cristina, envuelto por la noche” no se diferencian en esencia de la pareja tradicional que tomaba una copa frente a la chimenea. Las confesiones del “pirova” en “La noche por partida doble” muestra unas relaciones padre/hijo que remiten más allá del mundo nocturno de la prostitución.

Los comienzos impactantes son un acierto a destacar en todo el conjunto. Es el caso del ya mencionado “Cristina, envuelto por la noche” o de “Cielo en el suelo”. En el primero, una alternancia estupendamente lograda entre la narración de lo que sucede en un quirófano con una persecución anterior en la calle y con los retazos de la película recién vista en el cine consigue que el lector “llegue” a la cita en la cafetería con la lengua fuera y el corazón en vilo. En el segundo (de estupendo título), el comienzo no puede ser mas impresionante: “parece un huevo estrellado sin pericia en el fondo de la sartén”. Poco después, cuando se comienza a relatar la fantasía de Ismael, su obsesión por volar se relaciona inmediatamente con el “huevo estrellado”. Es este el único relato fantástico en el libro, y demuestra la capacidad de indagar diferentes posibilidades literarias de acuerdo a las necesidades en el trazo de un personaje u otro, de una u otra situación.

A veces a Raúl Vallejo le bastan dos brochazos para definir magistralmente a un personaje. Es el caso del protagonista de “Te escribiré desde París”: “A la gente le gusta irse [...] yo prefiero quedarme. La intriga viene inmediatamente después: “por esto perdí a Nathalie...” ¿Quién es ella?, ¿Qué supone para ese oficinista—padre de familia? La primera vez que el protagonista se adentra en el mundo marginal merece destacarse: “Fue como tener a una de las muchachas de las portadas de Vistazo en persona”. El azoramiento del personaje se retrata estupendamente en la narración. Una vez más resalta la capacidad de ironía, de distanciamiento burlesco ante situaciones previsibles: El hombre se ahoga al ver, “como en las películas”, que el gordo acaricia al jovencito, “debí haberme ido derechito a mi casa”, piensa. Los mejores momentos son, sin duda, aquellos en que el autor aprovecha las posibilidades humorísticas con ese ingenio que le saca punta a las cosas y que hace sonreír en muchos cuentos.

Este libro es —no hay duda— una “fiesta de solitarios”. Solitarios convencionales o del mundo marginal. En definitiva, individuos que sienten y padecen. Situaciones, comportamientos recreados literariamente por el autor con el cariño de quien prepara una fiesta. El laberinto de los sentimientos, el juego de la literatura.

*BEGOÑA HUERTAS UHAGON (Guijón, Asturias, 1965).

Profesora investigadora. Doctora en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid.

En 1993 discutió su tesis doctoral “Narrativa cubana actual (1980-1990)”.

Varios de sus trabajos en torno a la narrativa hispanoamericana y cubana han aparecido en publicaciones nacionales y extranjeras.

En 1993, ganó el premio *Casa de las Américas* de ensayo y en 1995 el premio *Juan Benet* de narrativa.

Ha publicado *Ensayo de un cambio: narrativa cubana de los '80* (ensayo, 1993) y *A tragos* (cuentos, 1996).